

llos que sin méritos sólidos aspiran á los destinos públicos; aquellos que son amigos de novedades y revueltas, y están siempre dispuestos á levantarse contra la autoridad legítima, y, en una palabra, aquellos que están pervertidos ó en sus ideas ó en su corazón.

Tales son en general los liberales, teniendo presentes las salvedades hechas arriba. Hombres que privadamente suelen tener las más bellas cualidades, cuando obran inspirados por el liberalismo, se olvidan lastimosamente de ellas, y adquieren todos los defectos y vicios del sistema que sustentan.

Nada decimos de su vida privada, que es siempre un terreno vedado al escritor. Además, la caridad católica nos manda echar un velo sobre las flaquezas ajenas, comunes más ó menos á todos los hombres. Pero si un observador curioso fijase demasiado sus miradas en la conducta de muchos de éstos y nos digese que era relajada, inmoral y llena de cieno, no lo extrañaríamos, por mucho que lo lamentásemos, sabiendo que no puede esperarse otra cosa de hombres que dan demasiada importancia á la vida presente, y que viven en público sin practicar ninguna religión.

Lo cierto es que el liberalismo ha aumentado en los pueblos la inmoralidad, y cuando ésta se hace pública, es porque es corrompida la vida privada.

§ IV.—*El liberalismo y la Iglesia.*

El mayor peligro que ofrece el liberalismo para seducir á los pueblos católicos es que quiere pasar por católico y por hijo fiel de la Iglesia.

Lo que hemos dicho hasta aquí basta para comprender que no tiene ningun derecho á este título; pero además debemos probar que es su enemigo declarado.

Para evidenciar esto, no hay más que recorrer la historia del liberalismo, y considerar su conducta con la Iglesia. No hay mejor testimonio que el de las obras.

O el liberalismo se siente débil, y para afianzarse necesi-

ta de la Iglesia, ó se siente fuerte y bien arraigado en el poder, y entónces la Iglesia le estorba para dominar en absoluto.

En el primer caso se muestra sumiso y respetuoso, y se declara hipócritamente amigo y aún protector de la Iglesia, porque la considera como una potencia con la cual se debe contar. Entónces la halaga en público, y toma un lenguaje moderado y piadoso para tratar con ella, á fin de atraerse á los pueblos católicos. Pero interiormente la detesta, y favorece los ataques que se hacen contra ella, y si ésta se queja, responde que son abusos que no puede evitar, y hace mil protestas de adhesión, á fin de desarmarla.

Conseguido esto, abusa de la indulgencia de esta madre cariñosa para firmar con ella *Concordatos* en que ésta sale siempre perdiendo, y haciendo concesiones en obsequio de la paz, y que respeta y cumple con la más escrupulosa fidelidad; al paso que el liberalismo los infringe á cada paso, y cuanto más se le concede, tanto más quiere extender la línea de sus usurpaciones.

En el segundo caso, si se ve bastante fuerte para luchar frente á frente con la Iglesia, le declara la guerra más encarnizada, y arrojando la máscara, manifiesta sin ningun rebozo que su objeto principal es la destrucción del Catolicismo. Entónces, que nada tiene que temer de ella, desprecia su autoridad y desoye sus amonestaciones, y procura esclavizarla y contrariar su influencia mientras llega el caso, si fuera posible, de destruirla por completo.

Para llegar á este fin, emplea todos los medios que tiene en su mano. Él la calumnia, la ataca y quiere desacreditarla en la opinion de los pueblos, presentándola como enemiga del progreso y de la libertad en conversaciones, periódicos, revistas, folletos, discusiones, novelas, comedias y hasta caricaturas.

Pero en uno y otro caso, sea que el liberalismo tienda visiblemente una mano amiga á la Iglesia, alargando otra en la sombra á todos sus enemigos, sea que declara francamente el ódio que la profesa, el resultado es el mismo, con más ó menos descaro, con más ó menos disimulo: la

opresion de la Iglesia, el atropello de sus derechos y la persecucion de sus ministros.

No hablamos de otros mundos imaginarios, sino de cosas que han pasado ante nuestros ojos, de hechos repetidos una y otra vez y conocidos de todos. Apenas se consuma una revolucion en favor del liberalismo, las primeras disposiciones de éste, despues del triunfo, son siempre contra la Iglesia: sus primeros decretos contra el Clero, contra las Ordenes religiosas, y contra cualesquiera instituciones católicas, sean de enseñanza, sean de caridad. Los que no desconozcan por completo la historia de este siglo, sabrán hasta qué punto es cierto lo que acabamos de decir. Y concretándonos á España, nos limitamos á citar dos épocas, el célebre *bienio* de la dominacion de los progresistas de 1854 á 1856, y la última revolucion de 1868, en la cual el liberalismo se ha manifestado sin rebozo.

Esta urgencia, por decirlo así, de causar disgustos y perjuicios á la Iglesia, esta ánsia de saciar el ódio contra ella, indica bien á las claras el antagonismo que hay entre aquélla y el liberalismo. Si se medita bien este hecho, y los sentimientos que revela, se sacarán de él muchas pruebas de la razon que ha tenido la Iglesia para acusarle como su más irreconciliable enemigo.

Cualquiera diría que el objeto principal del liberalismo, al querer apoderarse del gobierno, es legislar contra la Iglesia. Nosotros hemos visto repetirse los golpes contra ella un dia y otro dia sin interrupcion, á pesar de los diversos matices políticos de los partidos que se han sucedido en el poder, como si todos ellos estuviesen agitados por un ódio comun, y de acuerdo solo en este punto. La persecucion ha podido ser más ó ménos violenta, pero no ha cesado un momento.

Sería interminable referir las heridas que se han causado á la Iglesia en España, y las violencias y arbitrariedades cometidas contra ella. Recordaremos solo la expulsion de los Jesuitas, y de las demás Ordenes religiosas, y el haber cerrado sus colegios, donde se educaba lo más florido de la juventud; la supresion de las sociedades de San Vi-

cente de Paul; la traslacion violenta de las Monjas, aglomerándolas en otros Conventos, despues de haberlas despojado hasta de las dotes de patrimonio particular que aportaron al cláustro, y negarles el pago de su miserable asignacion; la libertad de cultos decretada contra los sentimientos expresos de la totalidad de la nacion, exceptuando algunos pocos más que los que la votaron; los alar-des de ateismo y las blasfemias contra la Virgen y las cosas más santas que se oyeron en el Congreso, llevados más tarde hasta el ridículo de suprimir en los documentos oficiales la antigua y proverbial fórmula: *Dios guarde á usted muchos años*; la supresion de la renta de los Seminarios; la suspension de provision de prebendas y beneficios; la secularizacion de los cementerios; la inicua incaucion de los archivos eclesiásticos; la imposicion del matrimonio civil, y el escándalo de declarar ilegítimos á los hijos habidos únicamente del verdadero matrimonio canónico; la formacion de causa á los Obispos; la promocion del cisma de Cuba; el ódio y las persecuciones contra el Clero, que muchas veces no ha podido salir á la calle sin exposicion de su vida; el juramento de la Constitucion atea prescrito al mismo Clero, añadiendo el insulto de que en caso contrario no le pagarian sus asignaciones, y efectivamente, se está cometiendo la injusticia de no pagarle hace cuatro años; la supresion del Catecismo en las escuelas; los escandalosos atropellos de los Católicos en el aniversario de la elevacion de Pío IX; el desenfreno de la prensa contra las cosas más sagradas, y otras muchas cosas que no tenemos presentes en este momento.

Y, ¿quién ignora los insultos hechos á los sentimientos católicos, la profanacion de los Templos y la multitud de ellos que ha derribado el liberalismo ó que se ha apropiado, destinándolos á usos profanos y muchas veces indignos? ¿En qué pueblo no hay alguna Iglesia ó Convento, que se ha convertido en almacenes, en cuarteles, en cafés, en teatros ó en salones de baile? El furor desatentado de destruir edificios sagrados, ha llegado en estos últimos años á tal extremo, que la Academia Arqueológica se ha visto

en la precision de acudir al Gobierno para suplicarle que cese en su obra demoledora y que respete los existentes, si no como monumentos cristianos, al ménos como monumentos de arte. «Al ver las ruinas y destrozos que ha causado el liberalismo, dice un escritor, cualquiera pensaría que había recorrido la Europa una nueva irrupcion de bárbaros.»

// Y, ¿quién ignora la escandalosa depredacion de los bienes eclesiásticos? Al considerar de qué manera se han vendido por la centésima parte de su valor, y cómo se ha dilapidado el producto de ellos, podía decirse con razon que el verdadero objeto de la desamortizacion fué despojar y empobrecer á la Iglesia más bien que remediar las necesidades del Erario.

// Por último, ¿quién ignora la encarnizada persecucion que actualmente hace el liberalismo á la Iglesia en Italia, en Suiza y otras naciones de Europa? Ya no se contenta con dar decidido apoyo á todo lo que la Iglesia reprueba y con ridiculizar todo lo que la misma respeta y ama, sino que ha renovado las pérfidas persecuciones de Juliano el Apóstata de una manera todavía más insidiosa. Él quiere destruir el Pontificado y el Sacerdocio por todos los medios violentos ó astutos, lícitos ó ilícitos, esperando despues destruir el Catolicismo. Pero esto solo servirá para evidenciar bien claramente el ódio que le profesa y para que se desengañen de él los que no sean estúpidos ó ciegos. La Iglesia triunfará de las nuevas persecuciones como triunfó de las pasadas.

// Tal es el liberalismo en sus relaciones con la Iglesia. Lo más extraño es que, á trueque de oprimirla, conculca mil veces con el mayor cinismo todas las libertades que predica y todos los principios que defiende, añadiendo así el sarcasmo á la persecucion.

// Y, ¿habrá todavía quien extrañe que la Iglesia haya condenado el liberalismo?

§ V.—*Condenacion del liberalismo.*

Efectivamente, la Iglesia ha condenado el liberalismo,

por boca de su cabeza visible, cuando condenó como un error la proposicion última del *Syllabus*, que dice que «el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilizacion moderna.»

Unos por ignorancia, otros por confusion de ideas en el significado de esas palabras y otros por mala fe, han movido una atronadora gritería contra el Papa á causa de esta declaracion tan terminante, obstinándose en presentar á la Iglesia como una rémora del adelantamiento de los pueblos, como enemiga de la libertad y amiga del despotismo, y como mantenedora de tales ó cuales formas de gobierno, con exclusion de las otras.

Repetidas veces se han dado explicaciones satisfactorias de esto para desvanecer las funestas preocupaciones que muchos concibieron, y especialmente lo que llevamos dicho en este capítulo, manifiesta el sentido en que la Iglesia condenó aquella proposicion y los justísimos motivos que tuvo para ello.

«Os imagináis, por ventura, diremos con monseñor Dupanloup, que el Papa condena lo que puede haber de bueno en el progreso, de verdaderamente útil en la civilizacion moderna y de verdaderamente liberal y cristiano en el liberalismo? Es una locura pensarlo. Habeis abusado de esas hermosas palabras, tomándolas como consigna de vuestros partidos revolucionarios, y como eterno estribillo de vuestros discursos agresivos é impíos, y el Papa las condena en el sentido que os place entenderlas.»

«Nos habláis de progreso, de liberalismo y de civilizacion, como si fuéramos bárbaros, y no supiéramos una palabra de todo eso; pero nosotros os hemos enseñado esas palabras sublimes que desfiguráis: nosotros os hemos dado su verdadero sentido, y aún más, su sincera realidad. Cada una de esas palabras ha tenido, conserva y conservará á pesar vuestro un sentido perfectamente cristiano, y el dia en que pereciera ese sentido, perecería tambien todo progreso real, toda libertad sincera y toda civilizacion verdadera. El cristianismo ha tenido la honra de llamarse pro-

greso ante los gentiles y los bárbaros: se ha llamado libertad cuando abolió la esclavitud, y ha defendido á todos los débiles contra la tiranía de los fuertes por espacio de veinte siglos; y se ha llamado, se llama aún y se llamará siempre civilizacion europea si no pesa sobre Europa la maldicion de Dios.»

«¿Cuál es sobre todo esto la verdad irrefutable? Que la gran ley del progreso, de la libertad y de la civilizacion es el Evangelio, y que Nuestro Señor fué quien estableció en el mundo el bello ideal más elevado, más puro y más vasto de estas tres cosas en todas sus más nobles significaciones, cuando puso en la base de toda su doctrina estas palabras: Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial. La iglesia, léjos de contener vuestro ardor, os grita por el contrario: ¡Adelante! y no solo acepta la ley del progreso, sino que plantea y proclama sus reglas, y nosotros las planteamos y proclamamos con ella.»

Lo que nosotros no queremos, lo que rechazamos, es ese progreso de ciertos escritores, que significa la negacion de lo sobrenatural, la negacion de Dios y la fe en Jesucristo arrebatada al pueblo. El progreso es para otros que la Iglesia modifique su símbolo y sacrifique uno por uno sus dogmas. Para otra escuela, el progreso es simplemente el bienestar material sobre la tierra, y el *alterismo* segun una expresion suya, *con exclusion de los temores egoistas de la salvacion eterna*, que solo sirven para envilecer las almas: el paraíso, dicen, no está detrás, sino delante de nosotros.»

Hé aquí el progreso con el cual pretendéis que se reconcilien y transijan los Obispos y el Papa. Pues bien, no; nuestra resolucion inmutable, y nuestra eterna honra será no reconciliarnos, ni transigir nunca con semejante progreso.»

El liberalismo que condena el Papa no es una forma determinada de gobierno, de instituciones más ó ménos libres, sino el sistema premeditado de debilitar y aniquilar á la Iglesia. Esta se compone amigablemente con todas las formas de gobierno y prospera en todas las naciones regidas por diversas y aún contrarias instituciones. Para

la Iglesia es indiferente la república, ó la monarquía absoluta ó representativa, y solo quiere de los Gobiernos que sean justos. En las formas políticas no hay nada que sea esencial á la religion, y todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas (1).

Conviene decir esto muy alto en defensa de la Iglesia. Esta no ha condenado el liberalismo como sistema meramente político, por más que no vea con indiferencia que los pueblos estén bien ó mal gobernados: lo que ella condena es la oposicion anticatólica y anticlerical llevada al poder; es la tenacidad de unos pocos revolucionarios que quieren gobernar á un pueblo católico con principios volterianos, y pretenden imponer á la mayoría de las naciones sus ideas personales sin fe, ni sentimiento religioso. Le condena en cuanto es un protestantismo práctico y la síntesis de todas las herejias contra el principio de autoidad.

En España y en otras naciones hay muchos que se llaman liberales porque son partidarios del Gobierno representativo. Desde que la palabra liberalismo se ha hecho sinónima de guerra á la Iglesia! aquéllos debieran tomar otro nombre para evitar confusion y deslindar los campos. Seguramente deploran y condenan la oposicion anticatólica de los Gobiernos del día, y en este sentido no son liberales; pero, sin embargo, les prestan su apoyo por oposicion á la monarquía absoluta, y con esto se hacen ellos

(1) Todos los Gobiernos tienen formas variables, y la Iglesia no se liga á ninguna de ellas, porque es eterna y universal.—Dupanloup.—Es un gran mérito del cristianismo, dice Cantú, haber colocado la religion á tal altura, que prescinda de la parte contingente y variable de la sociedad para fijarse en lo que tiene de esencial y permanente, de manera que pueda el hombre, en cualquier clim ay gobierno, verificar su perfeccionamiento y alcanzar el Cielo. El cristianismo en el reinado de príncipes crueles y libertinos, no se rebela contra la sociedad de cuyos pecados huye: se acomoda á ella, sin pretender subvertirla, pero tratando de corregirla: combate los vicios del siglo, pero sin apartarse de él. *Hist. Univ.*, época 6.^a, cap. 26.

mismos anticatólicos ó participantes de la persecucion á la Iglesia, apreciando más sus convicciones políticas que sus convicciones religiosas. Distingase bien esto y se verá que disminuyen notablemente las huestes del liberalismo.

Pero á los enemigos de la Iglesia les conviene confundir las ideas en este punto y persuadir á los pueblos de que ha condenado el sistema político. El buen sentido basta para rechazar esta suposicion, si no están completamente obcecados los que la admiten. Efectivamente, ¿qué le importa á la Iglesia que las naciones estén gobernadas por una monarquía templada, por tales ó cuales elementos del poder real? ¿Qué pierde con que el pueblo elija libremente sus representantes que intervengan en el gobierno y en las leyes? ¿En qué le perjudica que los principios del Gobierno estén consignados en una *constitucion*? ¿Qué le va que sean más ó ménos extensas las atribuciones de la provincia y del municipio, y que los ciudadanos tengan la libertad más amplia para todos los actos lícitos de la vida civil? La Iglesia nunca ha condenado ni querido condenar en este sentido el sistema liberal.

Si este sistema se limitara únicamente á gobernar á los pueblos con sus principios políticos, olvidando sus instintos antireligiosos y no siguiendo en sus tendencias impías no tendría que temer la oposicion de los verdaderos católicos. Lo confesamos de buen grado, por más que no seamos liberales ni siquiera en política. De que el Gobierno representativo pueda ser bueno no se infiere que segun nuestras convicciones personales no haya otro que sea mejor. En todos nuestros escritos y en muchos actos hemos precisado nuestras opiniones políticas con toda claridad. La misma Iglesia no disimula su predileccion á ciertas formas de gobierno, que le ofrecen más garantías de orden, de respeto, de buenas costumbres y de religiosidad.

Despues de estas explicaciones, no tienen disculpa los que se obstinan en acusar á la Iglesia como enemiga de la libertad de los pueblos y partidaria del oscurantismo. Ella no condena la verdadera libertad, el verdadero progreso y la verdadera civilizacion, sino que arranca la máscara á

sus enemigos, que vienen disfrazados con estas palabras para seducir á los pueblos.

La Iglesia no podía ni debía tolerar más tiempo los males del liberalismo, sino señalarle como enemigo para que huyan de él sus verdaderos hijos. Así es que ya se han deslindado los campos. A un lado se hallan contra el liberalismo el Papa, los Obispos, el Clero y los católicos más decididos, los que oyen la voz de sus pastores y los siguen. Al otro se hallan con él, abrazados á su bandera, los masones, los libertinos, los impíos y los que no practican ninguna religion.

Esto es indudable. Veán, pues, cómo se arreglan los que tienen la pretension de llamarse *católicos-liberales*.

§ VI.—*El liberalismo como sistema de gobierno.*

No es de nuestra incumbencia impugnar al liberalismo bajo este aspecto, aunque ciertamente no nos faltaría materia para ello.

Nos contentamos con copiar una página de un folleto reciente. Los que no ignoren la historia contemporánea, apreciarán si el cuadro está recargado de negros colores:

«El liberalismo en política es la anarquía universal, es el desórden en todos los ramos de la política. La administracion es la peor de las centralizaciones; en elecciones, la violencia y la influencia moral; en córtes, la personalidad y el pujilato; en la prensa, la difamacion, el cinismo y la mentira; en diplomacia, la insidia y el engaño; en constituciones, el capricho y el espíritu de partido; en funcionarios públicos, la empleomanía y el favoritismo; en la gobernacion del Estado, la arbitrariedad y la fuerza; en policia, el espionage; en la guerra, el derecho de conquista y el cesarismo; en legislacion, el embrollo; en la ejecucion de las leyes, la inconsideracion; en hacienda, la bancarota; en economía, el pauperismo; en estadística, un sistema de exacciones; en propiedad, la usurpacion; en las oficinas, el caos, la holgazanería, y la eternizacion de los expedientes; en gobierno, el militarismo; en el arte militar, la des-

trucción del hombre y de los monumentos artísticos; en sociedad, la guerra; en las naciones, la guerra civil; en el mando, el despotismo; en los pueblos, el derecho de insurrección; en los centros de población, los levantamientos y los motines; en las villas y ciudades, las sociedades secretas; en patriotismo, el cosmopolitismo ó la venalidad al extranjero; en costumbres, la desmoralización; en tradiciones, la abolición; en riqueza, la desamortización; en opiniones, la conveniencia y el interés; en contratos, el utilitarismo; en materias eclesiásticas, la dependencia de la Iglesia y del Clero; en concordatos, el despojo de la Iglesia; en religión, la libertad de cultos y la tolerancia religiosa; en la propagación de la especie, el matrimonio civil; en el hogar doméstico, la perturbación de las familias; en legitimidad, la conculcación de todos los derechos; en agricultura, el abandono; en las artes, el sensualismo; en industria, el lujo; en el comercio, el libre cambio ó el monopolio; en las ciencias, la ignorancia; en antigüedades, el olvido; en instrucción pública, la confusión y el extravío de la inteligencia; en erudición, el charlatanismo; en crítica, la parcialidad; en historia, la adulteración de los hechos; en filosofía, el sofisma; en adelantos, el materialismo; en el discurso, la falsificación de la verdad; en ilustración, el oscurantismo; en el habla, la corrupción del lenguaje pátrio, y así por este tenor en todos los ramos de la administración pública, y en todas las cosas humanas» (1).

Nada añadiremos por nuestra parte; pero si fuera necesario, no haríamos otra cosa que remitir á los lectores á la experiencia de los últimos cuarenta años, que es la enseñanza más eficaz.

Queda, pues, juzgado el liberalismo en el orden filosófico, en el orden religioso y en el orden político, y bajo cualquiera de estos tres aspectos aparece, como hemos

(1) *Fé, ciencia y civilización*, por D. Silvestre Losada, pág. 60.

sentado, radicalmente falso, malo, anticatólico y perturbador.

Decidan, pues, los lectores imparciales y de buena fe, «si es lícito hoy sostener las doctrinas liberales y enarbolarse la bandera del liberalismo, ó si, por el contrario, están obligados todos á luchar contra él, para mantener los fueros de la libertad verdadera, compatible siempre con todos los grandes principios que sirven de fundamento á la familia, á la sociedad y al Estado.»

CONCLUSION.

¿Está en decadencia el Catolicismo?

Inútil parece esta pregunta después de todo lo que hemos dicho en el cuerpo de esta obra.

Sin embargo, parece hay muchos ilusos que, juzgando según los deseos de su depravado corazón, se atreven á contar los días que restan al Catolicismo sobre la tierra. Los refutaremos en pocas palabras enumerando las principales manifestaciones de la vida robusta y vigorosa que está dando el Catolicismo en toda la tierra.

No, no decae el Catolicismo, por más que muchos lo deseen y lo procuren; por más que las naciones se declaren oficialmente ateas; por más que las puertas del infierno estén más que nunca conjuradas para su ruina.

No, no decae el Catolicismo, por más que al parecer se oscurezca su brillo público en algunas localidades. Jesucristo no está circunscrito á ningún pueblo determinado. Si algún Gobierno le destierra, si de algún país le rechazan, sacudirá el polvo de sus pies y marchará gloriosamente á iluminar otras comarcas más dóciles y más dignas de su gracia. Más de la mitad de la humanidad no ha abrazado todavía la verdadera fe; pero está preparándose para ello. Jesucristo vino á rescatar y redimir á todos los hombres, y no es creíble que los deje sumidos para siempre en las sombras del error. Él envía sus operarios á las nacio-